

XXXVI

EL trayecto que aun nos faltaba que recorrer, fué terrible. La senda resultaba muy estrecha para poder pasar de frente en varios puntos, y yo queria dejar su brazo.

—No, decia ella triscando como una gamuza sobre la escarpada orilla del precipicio, sin querer soltarme; no puedo caer, porque el amor me lleva.

—¿Qué amor? le preguntaba yo preocupado por el peligro que corria.

—¿Estais soñando? replicaba ella. ¿Qué amor puedo yo guardar en mi corazon? ¡Ah! Sylvestre, es el único, el solo que he conocido en mi vida. No hay más que vos á quien poder amar con toda el alma. Vos sois la misma bondad, la paciencia, la sabiduría y la ternura mismas. En vos está la grandeza y la verdad; ¡oh, sí! Todo lo que no sea vos es injusto, ingrato, egoista, corrompido, cruel y rastro. Yo de mí sé decir que odio y desprecio todo lo que no seais vos.

Y, como yo quisiera evitar que caminase, exaltada como estaba, por la orilla del precipicio, repuso ella aventurándose más y más:

—¡Oh! hace algun tiempo que teneis el aspecto de no

creerme. No sé qué puede pasar por vos, si no es que os abrume el estudio. ¿Es que os habeis vuelto buscon y visionario como antes de nuestro matrimonio? Sin embargo, no os acordais de vuestros libros ni de vuestras investigaciones, ni, como yo me había creído, que cuando reemprenderiais vuestras aficiones, querriais que estudiásemos é investigásemos juntos. Me lo habiais prometido, ¡y he visto que volvais á ello solo, y á vuestros paseos de eremita! ¿Es cierto que quereis volver mañana á subir á los chalets de Zemmi?

—No iré si ello os desagrada.

—No, no me disgusta, si os agrada á vos; pero llevadme en vuestra compañía; yo llevaré mi parte en vuestras yerbas y en vuestros guijarros.

—Sea; pero no creo que os guste mucho; el camino es asperísimo y hoy os habeis fatigado no poco.

—¡Ni por pienso! ¿Por qué os habeis figurado esto?

—Porque habeis estado disputándoos, sabe Dios porqué, con vuestro primo. Ya sabeis que os tengo prohibidas semejantes discusiones que os molestan y producen calentura, lo cual no puede traer nunca buenos resultados. Tonino sigue siempre la pendiente de su carácter, de sus instintos y de sus caprichos, y no sereis quien consiga hacer que retroceda.

—¿Es decir, que le abandonaríais á su propia locura? ¡Entonces decid que no le amais!

—¿A qué esa duda?

—No le hablais casi nunca. Ya lo ha notado, y esto le molesta.

—Pues se equivoca, y no dudeis que se convencerá de ello.

—Entonces no dejaríais que tuviera ambicion.

—Creo que no ha dejado de tenerla.

—Sí; pero, desde que se casó, no ha sido mucha. ¿Vos no veis claro en este punto? Su mujer es quien le perderá. La tal Vanina es boba; pues sueña nada menos que en ser condesa; os lo juro.

—Pues no lo es. ¿Qué importa este poco de vanagloria, siendo como es buena esposa y buena madre?

—Nadie vale nada, cuando es tan torpe como ella lo es.

—Permitidme que os diga, á mi vez, lo que me habeis dicho vos con respecto á su marido: esto es, que no la amais mucho.

—¡Pues qué! ¿He yo amado jamás al uno ni al otro? Vos, vos sois muy diferente, sois bueno, sois tierno; vos os atraeis á cuantas personas viven en torno vuestro; es una necesidad de vuestro modo de ser. Pero yo, yo amo ú odio segun se os aprecia. Si yo tengo alguna debilidad para con Tonino, es porque él os ama como nadie; y eso que Tonino no es nada estimable, ya os lo he dicho mil veces; es un sér sin corazon, que no piensa más que en sí mismo; ¡y esto sólo basta para ser malo! ¿Entendiste lo que me dijo ayer tarde?

—No, no entendí una palabra.

—Pues, ¡tanto mejor! Creo que le hubierais sacudido de buena gana, porque sus palabras merecían en verdad un buen sopapo.

—Entonces, ¿hice mal en no atender? ¿Falté pues á mi papel de esposo y á mis deberes de amigo? Pero, ¿no estais soñando lo que decís? ¡Estais tan exaltada! ¡Digo! me parece.

—Lo que yo estoy es muy despierta y veo muy claro; si dejais hacer á Tonino, va á arruinarnos.

—¿Que va á arruinarme? Apuesto á que no. ¡No poseo nada en este mundo!

—No quereis tener nada, ya lo sé; pero ¿teneis algo sin embargo! Mi fortuna es vuestra.

—¿La he aceptado por ventura?

—Pero debeis administrarla y conservarla.

—De ninguna manera, puesto que no he aceptado semejante deber.

—¿Por qué trabajais entonces, como lo haceis? ¿Por qué

empleais entonces tantos cuidados y tanta inteligencia en hacer que prospere la isla de Juan?

—Por ternura y cariño á su memoria y abnegacion por vos. Complázcome en aumentar vuestras riquezas, y viendo como dispensais el bien; pero como deber, no tengo otro que el de trabajar por vos, si llegaseis á arruinarnos.

—Lo más breve y prudente seria evitar mi ruina. Es necesario andar alerta con Tonino. ¡Pretende cada dia nuevos préstamos!

—Vos sois el único juez en este caso. Yo no he de ocuparme jamás de semejantes detalles de familia; me repugnan. Para todo lo que sea dinero ó propiedad, soy yo aquí, y quiero continuar siéndolo, como el último forastero que pasa.

—¡Que pasa! exclamó ella como asustada.

—Que pasa la vida, respondí sonriendo, porque de ninguna manera queria dejar aun entrever mi disgusto.

Enlazó entonces sus brazos á mi cuello, presentándome la frente con ademan apasionado y tierno. Dile yo un beso que debió ser, á buen seguro, tan frio como el que pudiera dar una estatua. Fijábase tan poco en mi suspicacia, que nada entendió de ella; y como la senda que veníamos siguiendo se iba ensanchando, andaba ella más segura y contenta al lado mio. Sentia al parecer necesidad de dolerse de la conducta de Tonino, y era á mí á quien tomaba por confidente. Herida por él al mismo tiempo que dominada, vengábase explayando conmigo su disgusto, sin osar resistirle de frente. ¡A cuán extrañas debilidades, á cuán increíbles atrevimientos se ven arrastrados los espíritus comprometidos como debia estarlo el suyo! Puedo asegurar que, á pesar de mis tristes experiencias, hasta aquel dia no conocia yó el corazon humano—lo que se llama corazon y á lo que llamo yo, corazon salvaje, particular, anti-social y antireligioso de los séres que carecen de la verdadera nocion de los deberes humanos.

Al día siguiente, como hubiese yo anunciado un paseo que me alejaba por completo del lugar de la cita, y observé que mi esposa se vestía y arreglaba muy de mañana disponiéndose á venir conmigo, me dije á mí mismo: ¿Me habré yo equivocado con respecto á sus intenciones? ¿Su mirada de inteligencia habia mentido á Tonino? ¿ó habia ella sentido remordimientos durante la noche, ó queria, encadenándose á mis pasos, contrarestar la fatal atraccion que la dominaba?

Bien pronto pude ver que era ello puro artificio. Sobrevinole de repente la jaqueca en el momento de la partida. Yo estaba resuelto, y todo ello contribuyó á determinar la suspension de mi salida, como á no dejar que ella pudiera salir por su parte. Empeñéme, pues, en que se acostara, diciéndole que para relevarla de la vigilancia y cuidados domésticos, que eran siempre su gran preocupacion, no saldria yo aquel día de casa.

No acertó ella á ocultar su sorpresa y disgusto. Díjome que no era la jaqueca cosa tan importante que la inutilizara para ello, y que además no era muy grave ni muy dolorosa la que la aquejaba á la sazón; que no teniendo yo por otra parte la costumbre de preocuparme ni sustituirla por tan poco, é iba á perder una hermosa mañana por una fruslería que podia desvanecerse en una hora.—Y como yo persistiera y estuviese ella agitada y sin ocasion:

—Pues bien, dijo, vamos allá. Quiero acompañaros toda vez que estais resuelto á molestaros por mí. Aun seria peor y haria tal vez que enfermara de veras, el solo pensamiento de que estabais detenido por culpa mia.

Insistió tanto, que acabamos por salir juntos; pero, en cuanto hubimos dado tres ó cuatrocientos pasos, se paró diciendo que el paseo aumentaba su malestar y que creía que una hora de sueño la pondria bien.

—Seguid andando, me dijo; á eso del medio día vendré á reunirme con vos. Esperadme arriba.

Felicia queria escapárseme, pero yo habia jurado que ello no seria. Pretexté que tambien yo sentia cierto malestar, y que era ello señal de mal tiempo, por lo cual no habia de resultar agradable, ni era prudente andar por las alturas.

Volví pues á casa acompañándola, y ella me dió gracias por mi solicitud; pero era evidente que se veía contrariada. No pudo abstenerse de dar un portazo de despecho al entrar en su cuarto, donde era de presumir que descansara.

Subí á mi despacho. Desde donde veia y oia todo cuanto pasaba en aquella casa de madera, tan ligera como sólida, tan sonora como bien orientada.

Ya me sabía yo á no dudar todo lo que pasaria. Felicia escribiría ó colocaria alguna señal en lo alto de la casa, para advertir á su amante del inesperado contratiempo. Salió dos veces Felicia de su cuarto, y dos veces me oyó pasear intencionadamente por el balcon del segundo piso. Le era imposible de todo punto llegar á los graneros sin dar conmigo. Renunció, pues, á colocar la señal.

Desde luego, pues, iba á escribir; porque no podia querer que Tonino supusiera que le dejaba voluntariamente esperando en vano; pero, ¿por dónde y por quién podria mandar la carta? ¿tenia algun confidente?

No, Tonino era muy desconfiado ó muy avaro para aceptar la amenaza que un cómplice tiene suspendida á todas horas sobre la cabeza de los culpables. Debia existir algun medio especial de correspondencia que yo no acertaba á explicarme, pero que queria sorprender.

El medio era bien sencillo. Felicia debia mandar un propio á Vanina con alguna fruslería, encargando á éste que se

pasara por los chalets de Sixto More, porque se le habia dicho que Tonino podia estar allí, lo cual dispensaba al enviado de ir más allá. Tonino podia estar observando el sendero y á la vista del propio ir á su encuentro, hacerse cargo del paquete destinado á su mujer, y despedirle.

Hé aquí lo que resultó de la introduccion de uno de nuestros pastorcillos en el piso superior al en que yo estaba, y de su salida con una pequeña caja de carton bajo el brazo. Dirigióse el muchacho hácia el lugar de la cita.

Era preciso ganarle la ventaja. Salí yo entonces con afectada precaucion, como si creyendo dormida á mi mujer, temiera desvelarla, y, bajo las ventanas de su cuarto, internéme por un plantío bastante crecido para ocultarme á su vista. Iba yo á trabajar allí frecuentemente, así es que pudo creer que estaria allí un buen rato; salí por el cercado opuesto, cogiéndome ó trepando por los zarzales. Gané así una torrentera que despues de precipitarse á la izquierda, se remontaba á la derecha en direccion á la gruta. Cuando estuve ya fuera de la vista, subí con tal presteza, que me crucé con el muchacho antes de que entrara éste en el bosque de alerces, á un kilómetro al menos de la garganta donde debia estar esperando Tonino.

—¿A dónde vas, Perico? pregunté al mensajero con acento jovial.

—Voy á llevar, repuso, un regalito al ahijado de la señora.

—Precisamente yo voy por allí, repuse. Dámelo, yo me encargo de entregárselo.

—¡Oh! no, señor; no es necesario.

—¿Por qué?

—La señora me ha dicho: "No lo entregues á nadie que no sea M. Tonino. Es una sorpresa que quiero dar á su esposa."

—Yo me encargo de la sorpresa.

—¿Y si la señora me regaña?

—Espérame aquí; entraremos juntos, y yo te prometo decir á la señora cuanto sea necesario para que no te riña. Anda,



bájate á la torrentera, escóndete y echa un sueñecito. Ya te llamaré yo cuando vuelva.

No se lo hizo el muchacho decir dos veces. Subí, pues, al extremo del bosque opuesto al que lindaba con las grutas. Abrí la caja que no estaba cerrada más que por una cinta encarnada, sin lacre ni sello: no contenia más que una gorrita de niño. Pero la caja era algo más pesada de lo que aparen-

taba, dado su grueso y dimensiones. Medí yo la altura de la caja interior y exteriormente, el fondo era evidentemente algo más grueso; puesto que era doble. Faltaba despegar el papel que encerraba el fraude. ¿Cómo arreglármelas para no dejar huella de aquella facilísima fractura? La casa donde vivía el médico no estaba lejos, y era aquella la hora de su visita á los alrededores. Estaba pues seguro de poder satisfacer mi deseo. Púseme allí en un momento. La criada me permitió entrar en su despacho para escribir una carta, y por discrecion y muestra de confianza me dejó solo. Busqué y encontré goma, papel, por supuesto, no había ¡de faltar. Procedí pues á la separacion de los dos cartones. Había allí cuidadosamente colocada una carta explícita del todo.

“¡No se me deja, no puedo por lo tanto escapar! ¡y tú vas á esperarme, ó tal vez me estás ya esperando! ¡Veo y siento desde aquí tu cólera y tus celos! ¡Y sé lo que va á suceder! tú te incomodarás y amarás á tu esposa ó lo harás ver. Se pasarán dias, y aún semanas tal vez, sin que quieras atenderme de nuevo, sin venir á verme, sin que me mandes un recuerdo ni una palabra de consuelo! ¡Y yo tendré necesidad, como ayer, de ir á tu casa, y de fingir, y de sufrir las maneras estúpida-mente altivas de tu pastora! ¡Dios, de Dios! ¿y es esto lo que me habias prometido? Ya que eres falso y cruel, ¿por qué hacerme ver que eres celoso? Yo no siento amor por Sylvestre; eso bien lo sabes. Le he amado, convengo en ello, le amo todavía con la más profunda veneracion y el mayor entusiasmo intelectual. El es mi ideal, es decir, mi dios sobre la tierra. ¡Creí amarle antes de un modo diverso, y ya le amaba tal vez, como le amo! ¿qué sé yo? ¡Sí, me parece que soy completamente dichosa en sus brazos y como si entreviera el cielo en ellos! No quiero mentirte..... pero desde hace un año, desde

que por mi mal he conocido y compartido tu pasion, no he sentido á su lado sino miedo y vergüenza. No sé si él ha conocido que no era yo la misma. El es reflexivo y razonador; reflexiona sobre todo, no por frialdad, como tú crees, pero sí por bondad. Procura explicarse siempre en favor y bien de los demás todo lo que pueda sorprenderle ó disgustarle. Se habrá dicho tal vez que si yo me entibiaba era por culpa suya, y ha redoblado su tierna abnegacion. ¡Y yo, yo me he visto obligada á representar una farsa espantosa para ocultarle que mi alma habia muerto al calor de tus besos! ¡Ah malaventurada de mí! ¡cuántos reproches debo hacerme á mí misma!... Pues bien; te amo tan locamente, que si fuese en realidad amada de tí como he creído serlo, no me arrepentiria de nada. Recuerda, pues, los primeros dias de nuestra dicha, no están muy lejos, ¡un año! ¡Qué verano tan delicioso, el último! Nuestras almas estaban inundadas de sol, y nuestras venas estaban llenas de fuego. Durante este espacio de tiempo memorable, no tenia yo más conciencia que una flor, ni mayores escrúpulos que un ave. Estaba embriagada..... ¡Hacia tantos años que el fuego ardía bajo cenizas y que sentia yo la ardiente sed de los amores que tú me otorgabas!..... Yo los ignoraba..... Hé aquí porque, temblorosa de miedo y de vagos deseos sobre todo, el horror de una decepcion, me lancé en los senos de una amistad más plácida y segura. ¡Ay! ¡que no me he engañado, y la decepcion que yo de tí temia, ha llegado ya! No dices que no. Tú sientes pasiones demasiado vivas para ser duraderas, y yo siento ya que no me amas tanto.....

„Pero ¡ay! que en vez de calmarte, en vez de atraerte, te incomodo aun!... Te encolerizas cuando te lo digo, y yo te lo estoy diciendo sin cesar, ¡es ello una fatalidad! En vez de torcer el gesto y amenazarme, consuélame. ¿No sabes responderme más que con caricias delirantes? Estas respuestas, bien lo sabes, procediendo de tí son irresistibles; pero vivimos

separados; nos vemos raras veces, y más raras veces aun podemos estar solos y á cubierto. ¿De qué procede que cuando hay testigos junto á nosotros, nos disputamos siempre hasta el punto que parece que tú me odiás y que yo estoy próxima á odiarte tambien? ¡Es monstruoso el daño que nosotros nos causamos cuando queremos volver á la amistad y á las relaciones de familia de interés comun! ¿Cómo vas á creer que yo no pienso en tu porvenir con mayor prevision y buen acuerdo que tú mismo? ¡Estoy persuadida de que no he de tener hijos, porque estoy maldita! ¡porque soy estéril! Sylvestre los ha tenido; la falta es mia! Tú me prometiste... ¡No, no; soy estéril! Será precisó que tus hijos sean como míos, aunque yo no los ame; pero lo que tú quisieres, esto querré yo. Sylvestre no quiere nada. Yo le sondeé nuevamente ayer sobre el particular, y nada quiere. No puedes abrigar casi temor alguno de que nosotros tengamos familia, tanto más en cuanto me ordenas que no sea para él sino una hermana. Y esto seré si tú me amas, que no han de faltarme pretextos de enfermedad ó disgusto. ¡El es crédulo y capaz de todo sacrificio de abnegacion! ¡Pobre Sylvestre! En fin; ámame, esto es todo. Vuelve, vuelve ardiente y embriagado de amor como al principio. Sinó, me mataré; ahí tienes porque soy tan culpable, ya lo sabes. Mientras tenga esperanza, sofocaré el arrepentimiento; pero si tú me quebrantas, si me abandonas, me odiaré á mí misma y no soportaré ya más la existencia.

„Te digo todo esto porque es precisó, es preciso que reflexiones sobre el horror de mi situacion, sin olvidarte de la tuya. No te conviene mucho jugar con mis celos ni elevar hasta las nubes á esta imbécil aldeana con la cual te casaste por despecho. No te respondo de no pisotearla si la empujas demasiado hácia mi desprécio —¡Ah! cuidado, porque me vuelvo loca y mala. Yo que fuí generosa, ya nó lo soy; tú has matado mi bondad. Puedo aun colmar á tu esposa de presentes y agasa-

jos; pero privarme de aborrecerla, es imposible, ¡cuando yo pienso en su segundo hijo, venido inmediatamente despues del primero, y durante una época en que me jurabas que tu mujer no era para tí sino una criada, y que no la amabas!—Estoy afligida; se pasan las horas y Sylvestre se obstina en no salir de su despacho. Voy á emplear el medio que me indicastes para escribirte; lo creo seguro. Adios; vuelve cuanto antes y dame otra cita.—ó teme que venga yo á tu casa y diga la verdad á tu mujer ó á mi marido. ¡Soy capaz de todo; si dejas que siga contando los dias y las semanas en el estado de febril desesperacion en que me encuentro!„